

XAVIER ARAU

Los sitiados de Barcelona



COMO su título lo indica, el señor García Valdecasas, rector de la Universidad de Barcelona, es un intelectual. Lo ha probado en numerosas oportunidades. Por ejemplo, en 1939, luego de la entrada de las tropas de Franco en Barcelona (entonces, era solamente profesor) haciendo quemar los trabajos del gran bioquímico catalán Augusto Pi Sunyer, así como otros trabajos de la escuela de Química catalana. Por ejemplo, en 1957 (era, solamente Vice-Rector) proponiendo, contra los estudiantes en huelga, armar a los bedelias con garrotes y pistolas. Y por ejemplo, todavía, en 1965 (en vista de su foja de servicios, había sido nombrado finalmente Rector), convirtiendo a treinta policías en treinta bedelias.

Recientemente, cuando los estudiantes de Barcelona quisieron reunirse para crear un sindicato libre, el intelectual García Valdecasas les prohibió la entrada a la Universidad. No sirvió de nada el miércoles 9 de marzo, 400 estudiantes se congregaron en un convento de capuchinos del barrio de Sarriá, cerca de la Ciudad Universitaria. Una vez más, querían expresar su hostilidad radical al sindicato oficialista y obligatorio, crear otro que fuera verdaderamente un sindicato y exigir la democratización de la Universidad.

• EL DERECHO DE ASILO

LOS estudiantes habían invitado cierto número de intelectuales: el pintor Antonio Tapies, el editor Carlos Barral, los poetas Espriu, Oliver y Josep Agustí Goyrisolo, el decano del Colegio de Arquitectura, Roragas; también a algunos profesores radicados el año anterior por las autoridades, como García Calvo y Sa-crístán. Estaban presentes, además, representaciones de los estudiantes de Madrid, Valencia y Sevilla, y un delegado de la Conferencia Internacional de Estudiantes.

La asamblea adoptó una motion que precisaba los principios del sindicato libre de los estudiantes de Barcelona y reclamaba la reforma universitaria, la convocatoria de un congreso nacional de estudiantes y la creación de una comisión mixta de estudiantes y profesores. Proclamó, además, que "la Universidad deberá hacer suya la causa de la libertad de la cultura e incluiría en el contexto de la lucha por la libertad de la sociedad española". Esto fue demasiado; a las 18 horas, la policía y los agentes de la policía política secreta (con su jefe Vicente Juan Creix a la cabeza) aparecieron para registrar el convento de los capuchinos y obligar a los participantes a desalojarlo.

El asunto cobró entonces una derivación tan novedosa como inesperada. Apoyados por los religiosos, los estudiantes se niegan a abandonar el monasterio y el Obispo capuchino en partibus invoca el tradicional derecho de asilo español. La policía corta el teléfono, el agua y la electricidad, pero ante una gestión endiárgica del Arzobispo debe restablecerlos. Los estudiantes comparten la cena de los monjes y monseñor Mondrego envía camiones de la Cruz Roja para abastecer a los sitiados. Estos se organizan: coloquio sobre las relaciones entre la cultura científica y la cultura humanista, conferencias, lectura de poemas.

El jueves 10 de marzo la noticia se propaga por Barcelona y la prueba de fuerza comienza. Hacia las 15 horas, un centenar de estudiantes desfilan por el centro de la ciudad, tratan de paralizar la circulación y es

dispersado por la policía. A las 15.30, algunos cientos de manifestantes descienden en columna por la avenida de la Victoria y, cerca del convento, sufren una carga brutal de la policía montada y se dispersan. A las 18 horas, nueva manifestación, nueva carga a caballo y algunos arrestos.

A las 20 horas, en la sede del Colegio de Arquitectos, un crítico de arte, Cirié Pejicer, ofrece una conferencia que debía ser presidida por el decano del Colegio, Moraga, quien se encuentra en el convento desde el día anterior. Toda la Barcelona intelectual está presente y grupos de estudiantes que no han podido entrar, esperan ante las puertas de la sala. Un inspector de policía se instala al lado del conferencista. Pejicer comienza a hablar, con una voz neutra. De pronto, los estudiantes se ponen a corear el nombre del decano Moraga: el público y el conferencista aplauden. El inspector pretende suspender la reunión, pero el público no abandona la sala. La policía corta la luz; alguien consigue encenderla de nuevo. Un delegado de los estudiantes lee un manifiesto. El inspector de policía se lo arranca de las manos y corta de nuevo la corriente. En la oscuridad, todas las personas presentes firman el manifiesto.

A las 10 de la noche, concierto de bocinas automovilísticas delante del convento y, en la madrugada, algunos arrestos.

• UNA PRIMERA ESCARAMUZA

EL viernes por la mañana, la Universidad está en huelga y la Orden de los Abogados se dispone a intervenir. Las autoridades se enervan. Poco después del mediodía, garrote en mano, los policías penetran en el convento, hacen formar fila a los rebeldes en el patio, verifican su identidades, confiscan sus carnets de estudiantes, definen a un buen número de manifestantes y hasta a algunos monjes que los habían tratado de brutos.

García Valdecasas y sus amos han ganado, pero ni siquiera una primera etapa: apenas una primera escaramuza. La disputa ha comenzado y es seguro que será larga. Una parte de la Iglesia española está en vías de perder su tranquilidad de conciencia con respecto al régimen. En cuanto a los estudiantes, comienzan a librarse del miedo.

El asunto tiene su importancia, pero no se puede, sin embargo, extraer conclusiones prematuros. En la jornada del jueves los obreros de la construcción, muy numerosos en Sarriá, no manifestaron ninguna emoción ante estos muchachos y muchachas burgueses y bien vestidos, corriendo delante de la policía que los apaleaba. Algunos ni siquiera interrumpieron su trabajo; el caso no les concernía.

Por otra parte, también es necesario aceptar una evidencia: para manifestar, la clase intelectual española usa automóviles. Es profundamente hostil al régimen, pero su nivel de vida aumenta. Y si la oposición al régimen se evidencia cada día más, ella adopta formas muy diferentes en los diferentes medios sociales, está desunida y no sigue ninguna línea precisa. Sólo la hacen unánime los enormes distantes del régimen —como el que acaba de cometer en Sarriá— en los cuales éste, gracias a Dios (si puede decirse), ya se ha hecho reincidente.